

“Los fundadores de religiones no han tenido idea de ese amor místico, que es la esencia del cristianismo, bajo el hermoso nombre de Caridad. . . .”

“Cristo sólo, ha llegado á elevar el corazón de los hombres hasta lo invencible, hasta el sacrificio. El solo, creando esta inmolación, ha creado una liga entre el cielo y la tierra. Los que creen sinceramente en él, sienten ese amor admirable, sobrenatural, fenómeno inexplicable, superior á la razón y á las fuerzas del hombre, fuego sagrado dado al hombre por ese nuevo Prometeo, del que el tiempo, el gran destructor, no puede ni gastar la fuerza, ni limitar la duración. . . . Yo, Napoleón, es lo que más admiro, y es lo que me demuestra mejor la divinidad de Cristo.”

LA AFIRMACIÓN CRISTIANA.

Los movimientos, las perfecciones y la armonía del mundo cristiano, ponen de manifiesto, con evidencia que deslumbra, que este mundo no ha podido hacerse por sí mismo, que es preciso reconocer una causa inteligente que lo ha traído

á la vida y que se la conserva tan fecunda y tan vigorosa.

La contemplación del mundo cristiano produce en el hombre que piensa, el mismo efecto que la contemplación del mundo físico.

Los prodigios que la naturaleza descubre ante los asombrados ojos del hombre, le revelan que existe una causa única que sacó este mundo físico de las obscuras sombras de la nada.

Y si este mundo tuviera un órgano para expresar sus sentimientos, desde las alturas serenas de los cielos, desde las cimas gloriosas de las montañas, desde las profundidades insondables de los mares, desde el cáliz perfumado de las flores, se levantaría una voz que nos haría escuchar estas palabras: *No nos hemos hecho nosotros mismos; es Dios quien nos ha hecho.*

Esta voz que falta al mundo físico, la tiene el mundo cristiano.

El mundo cristiano no sólo publica la existencia de su causa, con el lenguaje mudo de sus movimientos, de sus perfecciones y su armonía, sino que, con palabras que todos pueden escuchar y que todos pueden comprender, proclama que el ser que le trajo á la vida es un hombre, pero no un

hombre cualquiera, sino un hombre en quien se unieran, sin confundirse, la naturaleza divina y la humana, un hombre á quien el mundo cristiano llama el Hombre-Dios.

¿Pero esta afirmación del mundo cristiano, es una verdad que puede imponerse á la inteligencia humana?

¿Esta afirmación puede considerarse como una prueba de que el fundador del mundo cristiano no era un hombre, sino un Hombre-Dios?

¿Puede, en una palabra, desprenderse de esta afirmación cristiana, una prueba concluyente de la divinidad de Cristo?

La afirmación cristiana, de que Cristo es Dios, es una afirmación universal, y no puede ponerse en duda que, cuando una verdad es creída por todas partes y del mismo modo, la inteligencia humana tiene que rendirse ante ella, porque jamás puede suponerse que lo que tiene esos caracteres pueda ser un error, una mentira ó una ilusión.

Y la afirmación cristiana sobre la divinidad de Cristo, es universal.

Por todas partes donde difunde su luz el cristianismo, se escucha esa palabra divina y salvadora.

El mundo cristiano, por sus actos públicos y por la fórmula de que se vale, ha expresado siempre que Cristo es Dios.

Es un hecho que nadie puede desconocer, que en el mundo cristiano, Cristo es conocido, es amado, es obedecido; es también una verdad que Cristo, en el mundo cristiano, es adorado.

Los majestuosos templos esparcidos por todas las regiones del orbe y bajo cuyas bóvedas se abrigan nuestras grandes asambleas y se purifican nuestras plegarias, ostentan esa afirmación cristiana, porque las magnificencias de todos ellos convergen á un solo punto, al tabernáculo, en el que se fijan las miradas y los corazones, y que es el centro misterioso del culto cristiano.

En esos mismos templos se ostenta, coronando sus misteriosas cimas, la cruz redentora, ante la cual se postran las muchedumbres asombradas y agradecidas.

Y en el recinto de esos templos que ha levantado la piedad cristiana, resuena pronunciada por todos los labios, esta fórmula preciosa. "Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios."

Es, por tanto, un hecho, y esto no lo desconocen los enemigos del cristianismo, que en el mun-

de cristiano, Cristo, que no tenía una esencia invisible, sino que era un hombre de carne y hueso, á quien muchos vieron, escucharon y tocaron, es adorado por los que creen en su persona y han sentido la influencia de su doctrina.

Un hombre adorado por los hombres, tiene que ser un Dios; los hombres, si obran bajo la inspiración de su inteligencia, jamás podían rendir un culto de adoración al que es igual á ellos.

Verdad es que en la vida de los pueblos, no han faltado hombres, ebrios de orgullo, que han pensado que no bastaba á su grandeza la majestad real y que podían ambicionar los honores divinos.

Verdad es que han pedido incienso y altares, y es también cierto que las bajezas y el miedo han hecho que la humanidad se postre ante ellos en sacrílega adoración. Pero la justicia, y así lo enseña la historia, se ha hecho sentir, y muy pronto, sobre estos criminales soberbios.

“Los pueblos, dice el P. Monsabré, sorprendidos en un momento, por la audacia de esos tiranos, se han indignado al verse envilecidos y despreciados, y con mano brutal han hundido en el cieno á esos Dioses de un día.”

No es así en el mundo cristiano: el Hombre crucificado á quien en este mundo se adora, no es adorado por sorpresa, ni se le rinde ese culto por un temor que envilece.

El culto que en el mundo cristiano se le rinde á Cristo, es el legado pacífico de una larga tradición.

Es decir, la adoración á Cristo en el mundo cristiano no es sólo universal; es también perpetua.

La afirmación cristiana tiene, en consecuencia, el carácter de universalidad y el de perpetuidad.

Si una afirmación universal se impone á la inteligencia, una afirmación perpetua la subyuga sin remedio.

Y la afirmación de que Cristo es Dios, sobre ser universal, es también perpetua.

Nadie se ha atrevido á negar que en los últimos dieciseis siglos del cristianismo, esta afirmación ha sido como un sol: todos la han visto, todos han sentido la influencia bendita de los beneficios que encierra y difunde.

Los sabios del día, lo más que se han atrevido á decir es, como dice Strauss, que esa afirmación se elaboraba lentamente en las sombras de los dos

primeros siglos por transformaciones de las fábulas con que se había apacentado á la credulidad de los antiguos pueblos.

Apareció, dicen esos sabios, un hombre, un poderoso iniciador, cuya ciencia profunda dió al espíritu humano un arranque desconocido.

Sus discípulos, conmovidos, más que por sus infortunios, por las lecciones sublimes que de él recibieron, no tuvieron más ambición que enaltecerlo y glorificarlo.

Como primer efecto de su persona y de su acción, dice Strauss, en la "Vida de Jesucristo," por él escrita, se vió nacer la fe en su resurrección, esa fe exaltó los espíritus, y el mito, al calor de la preocupación, desenvolvió una lujosa vegetación de vástagos más y más maravillosos.

El hijo de David se hizo el hijo de Dios engendrado sin padre: el hijo de Dios se hizo el Verbo de Dios encarnado. El sabio maestro del pueblo poseyó la ciencia universal y se hizo el segundo yo del Sér divino.

Hubo, por lo mismo, durante cierto tiempo una evolución, una elaboración, una idealización continua de Cristo, definitivamente fijada en los

Evangelios, que fueron en realidad la obra del tiempo y de la generación cristiana.

Así conciben á Cristo los sabios de este siglo, y si esto fuera verdad, la afirmación cristiana no tendría la perpetuidad, que es uno de sus caracteres más hermoso y más sublime.

Pero la afirmación de esos sabios no puede sostenerse ante la crítica: ellos no fijan la manera precisa con que se hizo esa elaboración; no señalan persona cierta, lugares ciertos, fechas ciertas.

Como el cristianismo ha nacido en una época histórica, preciso es, para que aquella afirmación tuviese consistencia, que esos hechos se fijaran.

De otro modo se trataría al cristianismo, como á esas religiones de pura leyenda, cuya fuente, semejante á la del Nilo, se oculta en el desierto no explorado de los siglos sin historia.

Ellos sencillamente afirman que hubo una evolución, una idealización continua del Cristo, fijada, por fin, en los Evangelios.

Pero esto es una afirmación sin datos precisos.

Afirman que los Evangelios fueron la obra del tiempo y de la generación cristiana.

Ya esclareceremos este punto más adelante:

basta por hoy decir que las generaciones jamás han hecho un libro. Un libro necesita un autor.

Afirmar que un libro es obra de una época y de una ó más generaciones, es, como dice el Padre Monsabré, una tontería colosal.

Por otra parte, la perpetuidad de esta afirmación puede sostenerse aun sin el testimonio evangélico, porque existía antes que el cánón de los Evangelios quedase fijado.

Existía, no como la expresión de una opinión tímida que tendiera á transformarse en creencia, sino como la expresión de una convicción fija del mundo cristiano.

Falso es, enteramente falso, que en los primeros siglos de la era cristiana no se ostentara con toda seguridad la creencia en la divinidad de Cristo.

Los mártires, en ese período de la era cristiana, la proclamaban en presencia de los tormentos.

¡Oh, Señor! decía San Vidal, oh Señor Jesucristo, mi Salvador y mi Dios, dignate recibir mi alma.

San Ignacio, como lo explican las actas de su martirio, era llamado Theóphoro, porta-Dios, porque tenía á Cristo en su corazón.

Santa Sinforosa considera como el más grande de los bienes, ser quemada por Cristo, que es su Dios.

San Policarpo responde á sus jueces: ¿Cómo puedo odiar á aquel á quien adoro, que es mi Rey y mi Salvador?

El hijo de Santa Felícitas afirma que los que no confiesan que Cristo es Dios verdadero, serán precipitados al fuego eterno.

La oración de los primeros cristianos envolvía la misma afirmación: "Oh, Jesús, decían, luz gozosa de la gloria santa, del Padre inmortal, Hijo del Padre Santo, al mirar la luz de la tarde, alabamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo."

Los paganos mismos, los perseguidores del nombre cristiano, son los que quieren que los fieles abjuren la *divinidad* del Crucificado.

Celso acumula argumentos para probar que son locos aquellos que adoran á un hombre, como si fuera Dios: Alejandro Severo quiere levantar un templo á Cristo, Dios de los cristianos.

Plinio, en una carta á Trajano, hace constar que los cristianos se reúnen antes que salga la luz, para cantar las alabanzas á Cristo, á quien miran como á su Dios.

Los Doctores y Padres Apostólicos, Tertuliano, Orígenes, Clemente de Alejandría, San Ireneo, San Justino, San Melitón, San Ignacio, San Bernabé, San Clemente publican la misma enseñanza.

Jesucristo es conocido por todas partes, decía Tertuliano, por todas partes es adorado.

Creed, oh hombres, á aquel que es hombre y Dios, decía Clemente de Alejandría; creed á aquel que ha sufrido y que es adorado, como Dios vivo.

Jesucristo, agregaba Orígenes, es el Dios de todas las cosas creadas; no es Dios por participación, sino por substancia y porque la divinidad está en él por naturaleza.

La bajeza de la carne ha ocultado su divinidad, decía San Melitón, aunque existía como Dios verdadero, antes de todos los siglos.

Sabed que no basta amarle, decía San Clemente, es necesario tener para él sentimientos dignos de Dios, dignos del Juez de vivos y muertos.

Estas palabras de San Clemente nos ponen en contacto con el gran Apóstol San Pablo, que se expresaba, hablando de Cristo, de este modo: 'Cristianos, no hay más que un Dios, el Padre de quien vienen todas las cosas; no hay más que un

Señor Jesucristo por quien son todas las cosas, y este Cristo no ha creído cometer una usurpación al hacerse igual á Dios, aunque él se haya anonadado hasta tomar las formas de esclavo, porque él es Hijo de Dios, engendrado por él, no del modo que engendran los hombres, sino por un acto infame que hace de él la imagen de Dios, el esplendor de su gloria y figura de su substancia.

Tal era la afirmación, perfectamente definida y perfectamente clara en los primeros siglos, del cristianismo.

No se hacía en ellos esa elaboración de que hablan los sabios de hoy.

La historia nos ha revelado ya, con evidencia clarísima, que en los primeros siglos del cristianismo la afirmación sobre la divinidad de Cristo estaba perfectamente definida.

Las leyes de la naturaleza y de la historia, demuestran igualmente, con irresistible fuerza, la verdad de la afirmación cristiana.

Las generaciones humanas se penetran la una á la otra por los individuos de diversas edades

que las componen; de modo que la fe de una generación posterior, es un indicio cierto de la fe que se profesaba en la generación precedente; establecer lo contrario sería ponerse en abierta contradicción con las leyes de la historia y de la naturaleza humana.

Las generaciones se suceden las unas á las otras, dice un eminente Obispo francés, pero los hombres que pertenecen á estas generaciones sucesivas, han vivido, han crecido, se han formado en el seno de la generación precedente. Así, para hacer una aplicación sensible á la materia que nos ocupa, San Ireneo, Clemente de Alejandría y San Melitón, que escribían en la mitad del segundo siglo, habían nacido en el primero; habían vivido, se habían formado en el conocimiento de las cosas eclesiásticas, en el período anterior. San Ireneo se había formado en la escuela de San Policarpo, que fué discípulo de San Juan Evangelista.

Clemente de Alejandría, sin nombrarlos, da testimonio, de la manera más formal, de que había tenido por maestros á discípulos inmediatos de los Apóstoles.

Todo el mundo sabe que Taciano, Jefe de los

Encratitas, había sido discípulo de San Justino y había escrito sus primeros libros en tiempo de su maestro. Fijarse, pues, en una época precisa, como si los testimonios que vienen después no fueran aceptables, como si la fe que se profesaba en una generación posterior no fuera indicio cierto de la que se profesaba en la precedente, es contrariar todas las leyes de la naturaleza y de la historia.

Así, pues, además de que la historia demuestra que en los dos primeros siglos la divinidad de Cristo ha sido confesada plenamente en el mundo cristiano, la razón persuade de que no podía ser de otro modo, una vez que es ley de la naturaleza y de la historia, que la fe de una generación posterior es signo seguro de la misma fe de la época precedente.

Preciso es repetir lo que en otros artículos hemos ya establecido; la afirmación cristiana sobre la divinidad de Cristo no se formó lentamente; nace de un golpe, bajo la impresión de un acontecimiento único.

Y no es solamente perpetua esta afirmación en el mundo cristiano: se prolonga esa perpetuidad á las épocas que han precedido á la era nueva del mundo.

Hoy esa afirmación es de posesión: en el mundo antiguo era de promesa y de esperanza.

Hoy se dice: hay un Hombre-Dios; en el mundo antiguo se decía: habrá un Hombre-Dios.

Todos los pueblos antiguos esperaban un libertador, un maestro, un hijo de la mujer, una encarnación divina.

Los judíos, más precisos en sus promesas, mostraron con todos sus detalles la vida profetizada del que había de venir.

En la época fijada, en la plenitud de los tiempos, estalla la afirmación cristiana, la afirmación de posesión.

Un acontecimiento solemne, el nacimiento de Cristo, lo liga á la afirmación de esperanza.

Esta afirmación tiene, pues, dos perpetuidades: la del mundo nuevo y la del mundo antiguo: unidas constituyen una sola perpetuidad.

Ante esta afirmación perpetua, ¿quién podrá, con fundamento, negar la divinidad de Cristo?

Pero aun hay más todavía: la perpetuidad de esta afirmación no es la perpetuidad de uno de esos sueños religiosos con el cual se aviene la naturaleza abandonada á sus instintos: es la perpetuidad militante de una creencia definida, de

un dogma imperioso, fecundo en consecuencias prácticas. Contra él se arman los poderes envidiosos, la razón humana y las pasiones rebeldes.

Y á pesar de esa lucha, la afirmación permanece: la sangre de más de once millones de mártires no pudo ahogarla.

Las astucias de Arrio, los esfuerzos de Nestorio, las predicaciones de Eutiques, que amenazaban arrancar del mundo la afirmación cristiana, nada pudieron hacer contra ella.

Un nuevo cataclismo se prepara.

En las exigencias de su orgullo, la razón se levanta contra la divinidad de Cristo.

En nombre de la libertad y de la ciencia, los templos se derrumban, los altares se echan al suelo; no queda más que un tabernáculo desierto, los sacerdotes desaparecen, los fieles, temblando, no se atreven á levantar los ojos.

Y, sin embargo, aun entre las ruinas de la pavorosa revolución del último siglo, la afirmación cristiana aparece llena de vida.

Universal y perpetua esa afirmación, no puede ser desconocida jamás por la humanidad.

La divinidad de Cristo se impone.

El mundo cristiano ha afirmado que su autor no es un hombre solo, sino un hombre que es Dios al mismo tiempo.

Esta afirmación es universal y es perpetua: por todas partes donde se divisa una cruz, sale de los labios que la adoran esta fórmula: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

Esta afirmación, que fué de esperanza en los tiempos antiguos y que es de posesión en la era nueva, tiene por eso mismo un carácter de asombrosa perpetuidad.

Además de estas dos cualidades, tiene otras la afirmación cristiana que ninguna otra verdad tiene en su abono.

La afirmación cristiana es inteligente y es honrada.

A quien propone una creencia, debe, por lo menos, pedírsele que sea inteligente y que sea honrado: que sea inteligente, para que estemos seguros de que no es víctima de una ilusión, y que sea honrado, para que estemos seguros de que no quiere engañarnos.

La afirmación cristiana es inteligente, no en el mismo grado, en toda la inmensa muchedumbre de que se compone la sociedad cristiana.

Hay en ellas, como en la humanidad, dos grupos: el vulgo y la clase que dirige; y, aunque la adoración que rinde á la divinidad de Cristo el vulgo de las sociedades cristianas no es un acto de idiota superstición, porque le precede siempre una operación sumaria del entendimiento, bien puede prescindirse, para hacer la demostración objeto de este artículo, de tomar en cuenta las pequeñas inteligencias de que también se compone el mundo cristiano.

Para juzgar de la inteligencia de una sociedad, jamás se ocurre á los elementos vulgares de que se compone: el hombre pensador se dirige á la cabeza, es decir, á aquellos que sobresalen por sus altas facultades y á aquellos que tienen en la sociedad una misión importante, la misión de la enseñanza.

Bajo este punto de vista, el mundo cristiano es, sin duda, el que ofrece la más grande suma de inteligencia.

Las ciencias, las letras, las artes, la política, los gobiernos, han rendido á Cristo, ya directa, ya indirectamente, el homenaje supremo que ningún hombre ha podido obtener de una manera seria y durable: la adoración.